

# Scholar@UPRM

## Ángel Crespo en su tiempo

Item Type	Essay
Authors	López Álvarez, Luis
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2026-06-11 03:23:50
Link to Item	<a href="https://hdl.handle.net/20.500.11801/3365">https://hdl.handle.net/20.500.11801/3365</a>

## ÁNGEL CRESPO EN SU TIEMPO

Luis López Álvarez

Nacido en 1926, en Ciudad Real, en la comarca de La Mancha, en Castilla la Nueva, pasa su adolescencia en el pueblo de Alcolea de Calatrava, donde desde 1962 existe una calle que lleva su nombre. Ángel Crespo fue maestro nacional, que es como se denominaba en España al profesor de enseñanza primaria, Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid, Doctor en Filosofía por la Universidad de Upsala, en Suecia. Muy pronto ejerce la profesión de abogado en Madrid donde fue co-fundador en 1960 de la revista *Poesía de España*. Residió en Italia y Brasil antes de afincarse en 1967 en Mayagüez donde ejerció en el recinto de la Universidad de Puerto Rico de esta ciudad como profesor de Literatura comparada. A su regreso a España, pasó los últimos años de su vida en Barcelona. De su tránsito por la vida, hasta fines de 1995, nos dejó 28 poemarios —entre títulos originales o revisados—, más de doscientos ensayos de crítica literaria y una ingente labor de traductor del latín, el italiano, el francés, y esencialmente del portugués de la que sobresalen sus versiones de *La poesía latina clásica*; *La Divina Comedia*, de Dante; el *Cancionero* de Petrarca; las *Memorias de España* de Giacomo Casanova, los *Poemas* completos de Fernando Pessoa así como de su heterónimo Alberto Caeiro; una *Antología poética* de Eugenio de Andrade, otra *Antología Poética* de Antonio Osorio; *Gran Sertón: Veredas* de João Guimarães Rosa; dos antologías de la poesía de lengua portuguesa; una completa *Antología de la Poesía Brasileña*. Estos son los rastros numéricos que nos deja el tránsito por el mundo de un poeta que vivió, acaso más que otros, como un constante viajero en el tiempo o el espacio.

Antes de tratar de cernir su ubicación respecto a sus coetáneos oigámosle situarse él mismo al enumerar sus empatías:

...debo decir que los poetas que más han influido, o así me parece, en mi obra son los que, contándose entre los más renovadores e inventivos, no han roto sin embargo con la tradición poética occidental. Citaré, en este sentido, a Juan Ramón Jiménez, a Jorge Guillén y a Pedro Salinas, así

como también a Juan Larrea, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, en lo que tienen de creacionistas y surrealistas y, por supuesto, a Eduardo Chicharro y a Carlos Edmundo de Ory, en lo que de postista y simbolista hay en sus obras.<sup>1</sup>

Ya vemos cómo él mismo hace hincapié sobre sus afinidades: los poetas que siendo renovadores e inventivos no hayan roto sin embargo con la tradición occidental, o los grandes poetas de la generación del 27 en lo que tuvieran de creacionistas y de surrealistas, y “por supuesto” —como él dice— Eduardo Chicharro y Carlos Edmundo de Ory con los que alcanzó a compartir la aventura vanguardista del postismo.

Tradicción, continuidad e innovación, o si se prefiere, innovación sin ruptura serán sus inclinaciones naturales, pero en perpetua oscilación entre la norma clásica y la experimentación. La primera inclinación le llevará al estudio y frecuentación de los clásicos de la tradición grecolatina, o la familiaridad llevada hasta la traducción de los grandes poetas del Renacimiento italiano, la segunda inclinación le empujará a integrarse —allá por la década de los cincuenta— siendo aún muy joven, en los últimos años del movimiento postista, hijo tardío que le había salido en España al surrealismo en los años cuarenta.

De su fidelidad a esa militancia juvenil dan fe las palabras de Ángel Crespo que acabamos de citar ya que, en 1989, unos 40 años después sitúa a Eduardo Chicharro y Carlos Edmundo de Ory, promotores del postismo, junto a algunos de los grandes poetas del 98 o del 27, como entre los que más influyeran en su poesía.

En 1960, Ángel Crespo funda, junto con el poeta palentino Gabino Alejandro Carriedo, una revista de poesía. Quisieron llamarla “Frente de Poesía”, pero la censura oficial imperante en la época prohibió ese título, ya fuere por las intenciones que los censores atribuían a los fundadores catalogados, en función de su preocupación social o porque en sus oídos resonara aún el eco altamente reprochable del Frente Popular. La revista vería finalmente la luz con el título de *Poesía de España* lo que, visto con la perspectiva de la época no dejaba de tener la ambigüedad semántica propia de la verdadera poesía. A los censores eso de “Poesía de España” debió parecerles, en efecto, una reconversión patriótica de los fundadores. A éstos, la palabra “España” debía sonarles más bien, al igual que a tantos

---

<sup>1</sup> Crespo, Ángel: En respuesta al cuestionario “Ser o no ser del 50”, en *El Urogallo*, Madrid, junio de 1990.

otros poetas de entonces, como un término reivindicativo de una patria distinta a la que les había tocado vivir.

Pero dejemos que el propio Ángel Crespo nos explique el propósito que les animaba en aquel entonces: “Aunque tanto Carriedo como yo procedíamos de la vanguardia postista, y pese a que mi poesía, a la que Federico Muelas había dado el nombre de ‘realismo mágico’, se encontrase casi en los antípodas de la poesía social que se estaba escribiendo en aquel entonces, tanto Carriedo como yo nos sentíamos solidarios de los poetas sociales en su oposición a la dictadura. En consecuencia, y en lo que a mí respecta, me había propuesto escribir unos poemas cuya materia social —de carácter realista, mágico o no, y coyuntural por naturaleza— fuese tratada con la mayor dignidad estética posible en contraposición a la negación de la belleza poética proclamada por algunos de los iniciadores de la poesía comprometida y asumida por la mayoría de sus muchos seguidores”.<sup>2</sup>

De la revista “Poesía de España”, —efímera como suelen serlo las revistas de poesía—, se logró publicar entre 1960 y 1963 nueve números. En su obra *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Fanny Rubio señala como características de la publicación que la misma “tendría esta doble vertiente: el humanismo universal y la participación en la experiencia poética de la realidad histórica”.<sup>3</sup> En ella aparecieron poemas de algunos de los poetas principales de la generación del 27 —tales como Rafael Alberti, Emilio Prados, Jorge Guillén o Dámaso Alonso—, así como poetas que por su edad media se situaban entre la del 27 y la propia de Ángel Crespo, o sea Gabriel Celaya, Garcíasol, Victoriano Crémer, Leopoldo de Luis.

En ella publicarían también sus versos la mayor parte de los poetas de lo que años más tarde se denominaría generación o promoción poética de los años cincuenta o del medio siglo, tales como Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, Alfonso Costafreda, Jose Ángel Valente, Luis Agustín Goytisolo, y Jaime Gil de Biedma. Esta aparición en torno a la revista liderada por Gabino Carriedo y Ángel Crespo, la resalta Fanny Rubio al escribir: “aparecía al frente de *Poesía de España* una generación distinta de la que había sido en los cincuenta abanderada del realismo, y, dentro de lo que permitían condiciones externas y las suyas propias, se colocó a la defensa

---

<sup>2</sup> Crespo, Ángel: *Ídem*.

<sup>3</sup> Rubio, Fanny: *Las revistas Poéticas españolas (1939-1975)*, Ed. Turner, Madrid, 1975.

de una corriente intelectual que tuvo trascendencia”.<sup>4</sup>

Antes que apareciese en antologías españolas, la poesía de Crespo figuraba ya en antologías portuguesas y en una antología que bajo el título *Ocho Poetas españoles* publicaba en Buenos Aires Rubén Vela.<sup>5</sup> Sólo después le incluyen en España: Leopoldo de Luis en su *Antología de la poesía social*<sup>6</sup> y Manrique de Lara en el libro *Poesía española de testimonio*.<sup>7</sup> En 1966 se publicaba en París bajo el título de *Poesía española, siglo XX* una antología cuya existencia Ángel Crespo no debió llegar a conocer puesto que no figura en la bibliografía general sobre su obra que consultada con él se publicó en Barcelona en 1989. La antología de París se debió al hispanista francés Pierre Darmageat, especialista en Antonio Machado, asistido en la tarea por el español José Corrales Egea. Y es precisamente en la nota introductoria a su poesía donde mejor vemos resumida lo que había sido su trayectoria hasta aquel entonces. Vale la pena recogerla:

Ángel Crespo (1926), Manchego, de Ciudad Real. En 1950 publica el primer libro, *Una lengua emerge*, al que seguirá dos años más tarde la primera edición de *Quedan señales*. Esta obra, junto con *Todo está vivo y Junio feliz* (1956 y 1959) contribuyó a confirmar su renombre. En 1960, junto con Gabino Alejandro Carriedo fundó la revista *Poesía de España* que, en cierto modo, recogía y continuaba la tradición de Espadaña, desaparecida nueve años antes. Como en el caso de Cabañero (otro manchego poeta, cuatro años más joven) la presencia de la tierra natal se percibe en el fondo en casi toda su obra, siendo incluso, a veces, tema de la misma. A diferencia de aquel, sin embargo, todo ello le sirve sólo como mero punto de arranque hacia una especie de misteriosa y pánica simbología de los seres y las cosas, que se nos aparecen como presencias mágicas que obedecen a designios arcanos.<sup>8</sup>

Si a esta apreciación, referida a las raíces telúricas de la poesía de Crespo, añadimos otra formulada por Andrew. P Debicki, sobre su interpretación de la realidad más inmediata (“podemos ver —nos dice— su constante esfuerzo por descubrir y crear sentidos relevantes a partir de lo cotidiano”)<sup>9</sup> tendremos resumida desde hace ya

---

<sup>4</sup> Rubio, Fanny: *Ídem*.

<sup>5</sup> Vela, Rubén: *Ocho poetas españoles*, Ed. Dead Weight, Buenos Aires, 1965.

<sup>6</sup> Luis, Leopoldo de: *Poesía social española. Antología (1939-1968)*, ed. Alfguara, 2a edición, Madrid-Barcelona, 1969.

<sup>7</sup> Manrique de Lara, José Gerardo: *Poesía española de testimonio*, ed. E.P.E.S.A., Madrid, 1973.

<sup>8</sup> Corrales Egea, José y Darmangeat, Pierre: *Poesía Española - Siglo XX*, Librería Española, París, 1966.

<sup>9</sup> Debicki, Andrew P.: *Poesía del conocimiento, La Generación española de 1956-1971*, Ediciones Júcar, Madrid.

más de un cuarto de siglo lo que era y seguiría siendo la poética de Ángel Crespo. No obstante, ese reconocimiento no sería generalmente compartido en su país, o lo sería tardíamente.

Carlos Bousoño suele afirmar que lo importante no es pertenecer a determinada generación, sino vivir plenamente, en determinadas fechas o entre determinadas fechas. Lo que pudiera muy bien aplicarse a Ángel Crespo y le dispensaría de aparecer antologizado junto con los poetas que generalmente acaparan la denominación de poetas de la generación del 50 o del medio siglo.

Un poeta como él, que publicó 28 poemarios, realizó la traducción de más de sesenta obras del latín, el italiano, el francés, el inglés, y sobre todo del portugués, (traducciones entre las que se cuentan nada menos que *La Divina Comedia*, el *Cancionero de Petrarca* y toda la obra de Fernando Pessoa,) autor de no menos de 200 ensayos, prólogos y ponencias de crítica literaria, que dirigió revistas como *Deucalión*, *El Pájaro de Paja*, *Poesía de España* y *Revista de Cultura Brasileña* no puede decirse que resultara desconocido para nadie en el mundo cultural español, y sin embargo no siempre fue reconocido como debiera haberlo sido.

Siendo Ángel Crespo un poeta de la generación del 50 que desempeñó un papel determinante en su promoción a través de la revista *Poesía de España*, Juan García Hortelano, en su libro *El grupo poético de los años 50*,<sup>10</sup> ni le incluye ni le cita; Antonio Hernández, en su obra *Una promoción desheredada: La poética del 50*,<sup>11</sup> le cita para decir que no le incluye por no considerarle verdaderamente representativo; Francisco Ribes, en su *Antología Consultada*,<sup>12</sup> le desconoce; José Batlló, en su *Antología de la nueva poesía española*<sup>13</sup> prescinde de él; José Olivio Jiménez en *Diez años de poesía española*,<sup>14</sup> ignora su existencia... Y, en 1985, cuando la Universidad de Granada organiza el primer gran coloquio sobre la generación del 50 —cuyos trabajos serían recogidos un año después

---

<sup>10</sup> García Hortelano, Juan: *El grupo poético de los años 50 (Una antología*, ed. Taurus, Madrid, 1978.

<sup>11</sup> Hernández, Antonio: *Una promoción desheredada: la poética del 50*, ed. Zero-Zyx, Madrid, 1978.

<sup>12</sup> Ribes, Francisco: *Poesía última*, ed. Taurus, Madrid, 1963.

<sup>13</sup> Batlló, José: *Antología de la nueva poesía española*, col. El Bardo, ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1968.

<sup>14</sup> Jiménez, José Olivio: *Diez años de poesía española, 1960-1970*, ed. Ínsula, Madrid, 1972.

en un voluminoso número de la revista *Olvidos de Granada*—<sup>15</sup> nadie se acuerda de invitar a Ángel Crespo o de comentar su obra.

Había nacido, sin embargo, un año después que Ángel González, el mismo año que Caballero Bonald y que Alfonso Costafreda, dos años antes que Carlos Barral y José Agustín Goytisolo, tres antes que Jaime Gil de Biedma o José Ángel Valente; poetas todos ellos constantemente reseñados como miembros de su misma generación y a los que él había publicado en sus revistas.

¿Como es posible que algunos críticos o autores, a sabiendas de su existencia pudieran silenciarlo? Cabe pensar que sus decisiones obedecieran a motivaciones subjetivas que pudieron tener como factor común el hecho de que Ángel Crespo fue un poeta difícilmente clasificable. La categorización generacional suele ser cómodo encasillamiento para el que ni se precisa conocer la totalidad de la obra de un poeta. No entraña la dificultad o el trabajo que exigirían hondos estudios estilísticos o estéticos.

Entre las motivaciones subjetivas de los silencios que rodearon buena parte de la trayectoria de Ángel Crespo se me ocurre pensar además que, siendo un poeta orientado hacia lo trascendente, no se contentó con ser mero reflejo de la metafísica anglosajona como lo fueran tantos epígonos de Luis Cernuda para los que el poeta de Ocnos fue a manera de astro lunar. Poeta culto, jamás fue culturalista por impregnación superficial como otros llegados después de él, porque en su poesía las referencias culturales son trasunto de una herencia grecolatina y renacentista muy interiorizada y asumida. También pienso que la exaltación de la palabra en tanto que única realidad poética por muchos de los críticos al uso en las décadas de los años sesenta y setenta, se hacía a menudo en detrimento del mensaje conceptual. El continente se habría erigido a un nivel, según ellos, de independencia total del contenido lo que, obviamente, no era nunca el caso de la poesía de Ángel Crespo quien, si bien supo, como todo gran poeta, obtener nuevas vibraciones de viejas palabras que permanecían como estáticas hasta entonces, jamás prescindiría de los contenidos.

Esos tres factores hacen pensar que Ángel Crespo pudiera haber sido víctima del sectarismo de los secuaces de ciertas escuelas de pensamiento que tanto deformaran a menudo el criterio de los críticos literarios en esta segunda mitad del siglo XX. Recordemos, los dictados y dictaduras sucesivas del integrismo religioso, de la

---

<sup>15</sup> "Palabras para un tiempo de silencio. La poesía y la novela de la Generación del 50", número extraordinario de la revista *Olvidos de Granada*, Granada, 1986.

escuela psicoanalítica, del pensamiento marxista, o de la crítica estructuralista, cuyos criterios fueron esgrimidos en su momento como verdades absolutas que sólo el trascurso del tiempo hoy relativiza.

A mediados del siglo que ahora acaba, era larga la nómina de poetas y escritores españoles desperdigados por el mundo. Unos hubieron de exiliarse como consecuencia de la Guerra Civil, otros en razón de la represión que siguiera después, algunos movidos por el deseo de conocer nuevos horizontes. Formaban parte de lo que Salvador de Madariaga denominara “la España peregrina”. Nunca renunciaron a sus orígenes, en algunos constituían una herida abierta, al tener como decía Alberti, “al aire las raíces”, pero de esas raíces no se olvidaban nunca. Otros percibían su existencia como una nostalgia de la patria lejana. Algunos guardaban su recuerdo como un sustrato telúrico que tal vez añoraran menos por haberlo incorporado en su obra. A estos últimos pertenecía sin duda Ángel Crespo al que cabría atribuir más bien el adjetivo de “trasterrado”, lanzado también por Madariaga para diferenciar ese nuevo tipo de emigrantes intelectuales de los de la emigración tradicional. Refiriéndose a la tierra de su infancia el propio poeta nos dice:

Yo nunca quise  
aprender la tragedia silenciosa  
de aquellos campos que pisé  
y de memoria, sin dudar, la llevo  
adherida a mi cuerpo, como un aire  
cruel y necesario.<sup>16</sup>

Los trasterrados se iban esencialmente a ampliar horizontes y enriquecer vivencias a unas tierras más allá de las que les vieran nacer y a veces llegaban a identificarse tanto con ellas que encontraban nueva patria. Así Ángel Crespo, tras comprobar un día que “una patria se elige” confiesa:

Mi otra patria es Italia  
—la del verbo  
y el amor—  
y en sus calles  
jamás cayó de mí una hoja muerta. Nunca  
puse la mano en una piedra  
que no me calentase  
ni dije una palabra  
que no me iluminase por la noche.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Crespo, Ángel: *En medio del camino*, (libro segundo), Ed. Seix Barral, Barcelona, 1971.

<sup>17</sup> Crespo, Ángel: *Docena Florentina*, Poesía para todos, Madrid, 1966.

Fuera aparte de la pasión por Italia que se refleja en muchos de sus versos, es difícil calibrar la influencia más soterrada que pudieran ejercer sobre su obra las largas permanencias fuera de España.

En la mayoría de los poetas la traducción en términos de obra propiamente dicha —por importante que sea— corresponde en general a los momentos iniciales de sus experiencias en nuevas tierras, en que descubren naturaleza, culturas, y hasta seres humanos distintos y a la par tan semejantes a sí mismos. Es lo que en el caso de Crespo vemos reflejado en poemas fechados o a propósito de España, Francia, Alemania, Suiza, Suecia, Finlandia, Italia, Grecia, Portugal, Puerto Rico.

Autor de magníficas estampas italianas, que semejan a pinturas de Canaletto o de Guardi, con pasajes en su obra evocadores de la Provenza, Ángel Crespo debió sufrir de la imposibilidad para el poeta trasterrado de ir más allá del fiel reflejo de esas impresiones de viaje, acompañadas en su caso de la referencia a lo trascendente. En ocasiones debe confesar honestamente su impotencia. Así, por ejemplo, durante los años que vivió en Mayagüez, se acerca a las Islas Vírgenes y trata de perpetuar en verso sus impresiones hasta llegar el momento de confesarse que sólo le acuden a la pluma los tópicos a los que él nunca recurriría.

Por lo demás, la relación de su poesía con la naturaleza es en general una relación de inmediatez. La contemplación de unas plantas, un árbol, unas piedras, unas aves, le sirve de punto de partida para interrogarse sobre los misterios del Universo. Por eso podría decirse, en el sentido lato de la palabra, que Crespo es un poeta ecológico en la medida en que la ecología se aferra a la noción de biosfera que es la estrecha capa de la naturaleza que el hombre comparte con especies vegetales y animales. Es un mundo objetivo que descubre parcialmente sus secretos a los ojos de los investigadores que lo escudriñen. Investigador a su manera, como lo fueran muchos grandes poetas, Ángel Crespo interroga la naturaleza inmediata para tratar de descifrar por analogía lo que queda antes y después. Más raramente sus ojos abarcan un paisaje. Una de las excepciones es la que refleja una vivencia de crepúsculo que tuvo lugar sin duda frente al mar de Mayagüez. Figura en un poema de *Ocupación del fuero* que dice:

Que los ojos no miren solamente  
desde este sitio y este instante,  
ni tan sólo a esta puesta  
de sol, cuando en el mar  
quiere ocultar sus llamas  
—sino que miren desde tantos

años atrás y a tantos días idos,  
que se unan a todas las miradas  
(y a cuantos ojos no quisieron  
mirar) y a un sol eterno  
vean al mismo tiempo que a este rojo  
astro, que se detiene  
tal vez por miedo de ahogarse,  
o tal vez porque ignore  
que su fuego es igual que el primer fuego.<sup>18</sup>

Es propio del poeta largamente ausente de su tierra que experimente la dificultad de transmitir sus vivencias a medida que ahonda en el conocimiento de otros pueblos y de otras culturas. Como si el ir identificándose con ellas le fuera alejando de la suya propia. Ello confiere en ocasiones al artista desterrado, junto con la acuidad en la visión de la patria lejana, una sensación de soledad fruto de tantas vivencias asumidas que no puede o no logra transmitir. Es acaso el precio que el poeta ha de pagar por abrirse a otras culturas. Pero lo cierto es que, en el caso de Ángel Crespo, a esas largas ausencias se atribuye el hecho de que se llegara a prescindir de él en más de una antología, en más de un estudio crítico, en más de un evento en que debiera haber figurado por derecho propio.

Con honrosas excepciones tales como las de Leopoldo de Luis, Manuel Mantero, Joaquín Marco, Félix Grande, Carlos Murciano, serán preferentemente autores no españoles —tales como el francés Pierre Darmangeat, los norteamericanos Andrew Debicki y Linda Metzler, el italiano Oreste Macri, los portugueses Casimiro de Brito y Melo e Castro, el uruguayo Hugo Emilio Pedemonte, la italoportorriqueña María Teresa Bertelloni...— los que sabrán justipreciar la importancia (tan regateada en su propio país) que tuvo Ángel Crespo en la poesía española de la segunda mitad del siglo XX.

Hubo que esperar a la publicación en 1989 del suplemento que la revista *Anthropos*<sup>19</sup> de Barcelona le consagrara —el poeta tenía a la sazón 63 años— para que éste empezara a recibir el reconocimiento que le era debido en su patria. Un año después, en junio de 1990, la revista madrileña *El Urogallo* dedicaba, por iniciativa de su director el poeta y novelista José Antonio Gabriel y Galán, un número monográfico al tema “Poetas del 50, una revisión” en el que Juan Carlos Suñén, al referirse con ánimo de rescate al poeta de Ciudad Real, dice que es “un autor de múltiples recursos y de no poca

---

<sup>18</sup> En *Hora de la Poesía*, núm. 53-54, Barcelona, Septiembre-diciembre, 1987.

<sup>19</sup> Ángel Crespo, *Antología Poética y crítica literaria. Estudios y documentación*, *Anthropos, Suplementos núm. 15 de Antologías temáticas*, Barcelona, junio de 1989.

importancia para el momento histórico a tratar. Mas no por ello se le tiene demasiado en cuenta.” Y añade curiosamente: “Cúlpese si se quiere a su cátedra de Literatura en la Universidad de Mayagüez, en Puerto Rico (sic) pues nadie le ha negado nunca su pertenencia a la Generación y es habitualmente citado por los miembros del Grupo”. Para agregar después, ya con mayor propiedad: “Su absoluto dominio de los coloquialismos le acerca claramente a sus presupuestos y su preocupación por la expresividad del lenguaje no tiene que envidiarle nada a la de otros que, peor afortunados en sus versos, han disfrutado más de la autoridad que ‘el cincuenta’ viene ejerciendo en la cultura española desde hace décadas”.<sup>20</sup>

Preguntado precisamente sobre el ostracismo de que fuera objeto por parte de Juan García Hortelano al ignorarle por completo en su obra *El grupo poético de los años 50*, el propio Ángel Crespo tratará de explicar el fenómeno diciendo: “el grupo del cincuenta no es estilística ni ideológicamente homogéneo— y, en consecuencia podrían haberse incorporado a él otros poetas” para añadir seguidamente: “Ahora bien como quiera que mi poesía tiene muy en cuenta a la vanguardia y a la metafísica —y, por supuesto, al simbolismo—, creo sincerísimamente que mi puesto no habría podido encontrarse en un grupo que según su antologizador (se refiere claro es a García Hortelano) adopta actitudes enteramente opuestas a las mías, lo que no entraña por mi parte ningún juicio de valor en cuanto a la calidad —no por cierto uniforme— de sus miembros”.<sup>21</sup>

Pudiera pensarse que la frecuente exclusión de Ángel Crespo del estudio y tratamiento de la generación poética del 50 hubiera podido obedecer a opiniones o comportamientos de los poetas de reconocida pertenencia al Grupo. Y sin embargo, no fue así. No sólo Ángel Crespo mantuvo relaciones cordiales con algunos de ellos, y en particular, tal vez con Caballero Bonald, sino que Jaime Gil de Biedma, el más lúcido lector de entre los poetas del 50, —adelantándose en eso como en tantas otras cosas a la crítica literaria— escribiría en 1986: “...Ángel Crespo no ha confundido la literatura con la actualidad literaria. Quizás por ello a su obra, tan actual, tan poco anacrónica ahora como cuando empezó a escribirse, una de las más sostenidas y más vivas entre los poetas de nuestra generación —la suya y la mía—, no se le ha dado el relieve, la rabiosa actualidad de almanaque literario que hemos conocido otros. Probablemente Ángel

---

<sup>20</sup> Suñén, Juan Carlos: “La voz de los ‘otros’” en *El Urogallo*, Madrid, junio de 1990.

<sup>21</sup> Crespo, Ángel: En *El Urogallo*, *ídem*.

Crespo se ha privado de algunas satisfacciones personales, pero sus versos le dan la razón; ellos han salido ganando. Y al hablar de ellos pienso también en sus trabajos de crítica literaria y en su importantísima obra de traductor, de consumado introductor de las literaturas de lengua portuguesa entre nosotros, tan distraídos siempre entre cosas de menor importancia”.<sup>22</sup>

En 1989, el poeta uruguayo, afincado en España, Hugo Emilio Pedemonte concluiría: “La obra de Ángel Crespo apenas ha tenido críticos académicos; quizás su largo exilio haya contribuido —en España— a eso. Lo que está claro es que no cabe dudar de su importancia, para mí, por dos razones esenciales. Después de la Generación del 27 —y con las excepciones de rigor—, la poesía española, hasta la Generación del 50, es una calcomanía de las del 98 y de la misma del 27. Esta mimesis se rompe como un espejo con la aparición, entre otros, de Claudio Rodríguez y del propio Crespo. Y Crespo es quien más rompe el estado fósil en que se hallaba la poesía española, el pleonasma temático, el lenguaje preceptivamente lírico”.<sup>23</sup>

Pienso, a guisa de conclusión, que para juzgar cabalmente el lugar que Ángel Crespo ocupe en la poesía de su tiempo, mal puede confinársele al ámbito reducido de los poetas españoles de su promoción, ni aplicarle los criterios provincianos consistentes en saber, más allá de las lecturas compartidas, dónde estudió, con quién paseaba o tomaba unas copas, cuáles eran sus gustos o preferencias, porque Ángel Crespo rebasaría muy pronto estos criterios situándose, en virtud de su original experiencia biográfica, de la variedad de registros de su poesía y de su ingente labor de traductor e investigador, en un lugar propio, diferente al de los demás. Ese lugar aparece, con el correr de los años como bisagra esencial que articula diferentes escuelas poéticas, poesías de varios países y de distintas épocas y lenguas.

Para hallar el puesto que cabe atribuirle entre sus coetáneos habría que buscarlo tal vez no dentro de la capilla de la generación del 50, o en la iglesia de la poesía española contemporánea, sino en la catedral más amplia de la poesía de lengua castellana que acoge, entre otros, a los poetas de la verdadera generación del 50, la grande, la que engloba a poetas como los argentinos Roberto Juarroz y Juan Gelman, el chileno Enrique Lihn, el ecuatoriano Jorge Enrique

---

<sup>22</sup> Gil de Biedma, Jaime: “Mi recuerdo personal de Ángel Crespo”, *El cardo de bronce*, Ciudad Real, mayo de 1985.

<sup>23</sup> Pedemonte, Hugo Emilio en *Anthropos Suplementos*, *ídem*.

Adoum, el peruano Carlos Germán Belli, el venezolano Rafael Cadenas, el nicaragüense Ernesto Cardenal, el salvadoreño Roque Dalton, el cubano Pablo Armando Fernández, los mexicanos Jaime Sabines y Hugo Gutiérrez Vega. Se trata de la generación de los que comparten, no ya sólo los recuerdos borrosos de sus propios conflictos civiles —que todos sufrieron también en mayor o menor medida— sino los recuerdos de las luchas de descolonización, del emerger del Tercer Mundo, del temor al holocausto atómico, de las esperanzas y frustraciones de las experiencias socialistas, de la investigación del microcosmos y del macrocosmos, de la aventura espacial, de la revolución de las comunicaciones materiales e inmateriales; aferrándose todos ellos a un sistema de valores compartidos vehiculados y transmitidos a través de la misma arcilla única, maravilla de la plasticidad, que es la lengua castellana.

En su poemario *Anteo errante*, Ángel Crespo tiene un poema —“Plata en la laguna”— en que escribía: “Se ve el agua moverse/ mas no se siente el aire que la mueve./ Las olas bajas, verdes y suaves/ se balancean como un ramaje./ Me aproximo de prisa hasta este ocaso/ y no temo a la muerte:/ entre el agua y el aire he visto/ una pradera interminable/ por la que caminar sin descanso...”.<sup>24</sup> Hacia el caminante de esa pradera interminable van hoy nuestros pensamientos.

Luis López Álvarez  
Universidad Simón Bolívar  
Caracas, Venezuela.

---

<sup>24</sup> Crespo, Ángel: *El Ave en su aire*, Selecciones de Poesía Española, ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1985.